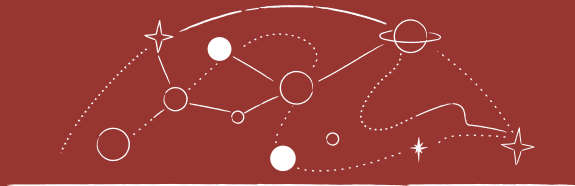




Microrrelatos ganadores





Modalidad: ciencia ficción

Fotografía de vitrina y telescopio del Museo Cajal, calle Velázquez 138.

<http://simurg.csic.es/view/9918476785604201>

Ojo celeste

En el año 2198, la humanidad había alcanzado el zénit de sus proezas tecnológicas. Las estaciones espaciales flotaban vaporosamente entre las estrellas, los planetas se terraformaban y los viajes interestelares ya no eran un sueño sino una rutina. Sin embargo, en medio de esta grandeza cósmica, un pequeño observatorio en Navarra seguía siendo una reliquia del pasado, un lugar donde las maravillas del universo aún susurraban secretos a quienes se atrevían a escuchar.

La Dra. Naiara Echeandía era la última de la vieja estirpe, una astrónoma apasionada que creía en la belleza del descubrimiento por sí mismo. Mientras sus colegas cambiaban los cielos por patrocinios corporativos y el llamativo turismo espacial, Naiara se aferraba a su viejo telescopio, un modelo antiguo conocido como “Ojo Celeste”. Un aparato extraordinario, que había sobrevivido siglos y aún poseía la capacidad de escudriñar las profundidades del espacio con una claridad incomparable.

En una fresca noche, Naiara ajustó el telescopio y sus dedos rozaron el frío metal. Las estrellas centelleaban como diamantes esparcidos por un lienzo negro aterciopelado. Había pasado innumerables noches persiguiendo los misterios del universo, pero esta noche se sentía diferente. Una sensación de urgencia recorrió sus venas mientras calibraba el instrumento para enfocar un cúmulo estelar lejano conocido como la Nebulosa Moiras.

Mirando por el ocular Zeiss, el universo se desplegabá ante ella. Los colores danzaban, arremolinándose en un ballet cósmico y, por un momento, se perdió en su belleza. Entonces, algo llamó su atención: un destello entre las estrellas. Ajustó el enfoque y se le cortó la respiración al darse cuenta de que no era sólo un parpadeo, sino un pulso rítmico y deliberado.

–Imposible –susurró, entrecerrando los ojos a través del objetivo. El pulso se hizo más fuerte y definido. Era una señal, un mensaje de las profundidades del espacio.

Se le aceleró el corazón. Registró la frecuencia y el patrón, y su mente se llenó de posibilidades. ¿Era un fenómeno natural? ¿Un eco cósmico? ¿O algo más profundo? Mientras seguía observando, el pulso se transformó, formando una secuencia de luces que parecía un código. Rápidamente transcribió los patrones y sus dedos volaron por la pantalla.

Pasaron las horas y las estrellas cambiaron de posición. El pulso permanecía constante y, con cada ciclo, Naiara experimentaba una creciente sensación de conexión con lo que o quienquiera que enviaba la señal. Finalmente, al amanecer, descifró el mensaje. Era simple pero inquietante: "AYUDA".

La mente de Naiara daba vueltas con preguntas. ¿Quién era? ¿Por qué pedía asistencia? El pulso se detuvo bruscamente y un profundo silencio la envolvió. Tenía que averiguar más. Decidida, recogió su equipo y corrió hacia el centro de investigación.

Las instalaciones estaban llenas de científicos que iban de un lado para otro, mostrando vibrantes imágenes de galaxias lejanas. Se acercó al Dr. Ramón Larrás, su antiguo mentor, ahora astrofísico jefe del proyecto.

–¡Ramón, escúchame! –exclamó sin aliento– he recibido una señal de la Nebulosa Moiras. Es un pedido de auxilio.

Ramón levantó una ceja, escéptico. –Naiara, llevamos décadas persiguiendo fenómenos cósmicos. Es probable que se trate de un fenómeno natural, un púlsar o algo parecido.

–¡No, no lo es! –insistió ella– lo he descodificado. Dice “AYUDA”. Tenemos que investigar.

Tras un momento de tensión, la expresión de Ramón se suavizó. Podía ver la pasión en sus ojos, la convicción inquebrantable de que se había topado con algo extraordinario. –De acuerdo, pasemos los datos por el ordenador central para considerar una misión.

Horas más tarde, la sala estaba llena de analistas de datos e ingenieros, todos estudiando detenidamente los hallazgos de Naiara. El ambiente estaba cargado de expectación. Finalmente, Ramón se volvió hacia ella, con el rostro pálido: –Tenías razón. La señal es auténtica y procede de un planeta de la Nebulosa Moiras, denominado Larzania-0893. Tenemos que preparar una expedición.

En pocos días, Naiara se encontraba a bordo de la nave estelar Covadonga, dirigiéndose hacia la Nebulosa Moiras. La tripulación era una mezcla de científicos, ingenieros y exploradores, todos deseosos de desvelar el misterio de Larzania-0893. A medida que se acercaban al planeta, el corazón de Naiara se llenaba de esperanza e inquietud.

Larzania-0893 era un mundo exuberante, su superficie estaba cubierta de una flora vibrante y lagos relucientes. Al aterrizar, una sensación de desasosiego la invadió. El aire estaba cargado de un silencio inusual, como si el propio planeta contuviera la respiración. Se dispusieron a localizar el origen de la señal.

Las horas se convirtieron en días mientras recorrían los extraños paisajes. Finalmente, tropezaron con una enorme estructura semienterrada bajo enredaderas y follaje. Parecía un templo y sus paredes estaban adornadas con intrincadas tallas que emitían una tenue luz. Cuanto más se acercaban, más sentía la energía emanante.

Cuando entraron, se encontraron con una cámara repleta de pantallas holográficas que representaban escenas de la historia del planeta.

Los habitantes, una civilización antaño próspera, habían sido devastados por un acontecimiento cósmico que los había dejado abandonados y desesperados. Las señales que habían enviado eran gritos de auxilio, intentos de alcanzar el vacío.

El corazón de Naiara se hundió al darse cuenta de la verdad. Los habitantes eran ahora meras sombras, su esencia atrapada en la tecnología que habían creado. Se habían convertido en el pulso que ella había detectado, y su última súplica resonaba en el cosmos.

Naiara dijo: –No pudimos salvarlos. Pero podemos recordarlos y honrar su legado.

Con el corazón encogido, registraron la historia de Larzania-0893, las historias de sus gentes y la belleza de su cultura. Mientras se preparaban para partir, Naiara colocó el Ojo Celeste para capturar una última imagen del planeta, un tributo a aquellos que habían fallecido.

Cuando la Covadonga ascendió, dejando atrás Larzania-0893, Naiara contempló el mundo que había compartido su dolor y su belleza. El telescopio no sólo le había revelado las maravillas del universo, sino que también la había conectado con una civilización perdida. En ese momento, comprendió el verdadero poder de la exploración: dar testimonio, recordar y mantener vivas las estrellas en los corazones de la humanidad.

Pedro Muñoz Gerdau



Modalidad: infantil-juvenil

Frasco de vidrio incoloro transparente con tapón de vidrio. Amarillo
naftol.

<http://simurg.csic.es/view/9918478111304201>

El bote amarillo

La abuela no quería que entráramos solos en el laboratorio. Decía que los instrumentos de su padre eran piezas de museo y había que conservarlos en perfecto estado hasta que alguien se diera cuenta y formaran parte de alguna exposición importante. El bisabuelo, nos contaba, había sido alumno de Ramón y Cajal, y habría sido tan famoso como él si hubiese vivido unos años más.

Cuando la abuela dormía la siesta en su mecedora, con la boca muy abierta, mi hermano Sergio y yo abríamos la puerta del laboratorio con mucho cuidado y nos colábamos dentro. Fisgábamos en los cajones donde se guardaban las cuchillas y las jeringuillas, sacábamos de los armarios los microscopios y las cámaras fotográficas, y a veces, si la abuela estaba muy cansada y roncaba muy fuerte, nos atrevíamos a abrir las cajas de láminas y preparaciones, que eran lo más misterioso de aquella habitación. La abuela nos había explicado que eran fotografías y dibujos de células del cerebro y del estómago, y trocitos de órganos de animales, cortados muy, muy finitos, más que las lonchas de jamón que pone Mamá cuando vienen invitados, pero a nosotros nos parecían seres de otro planeta como los de las películas que anunciaban en la tele y Mamá nunca nos dejaba ver para que no tuviéramos pesadillas. Nos imaginábamos historias de miedo en las que aquellos extraterrestres invadían la Tierra, pero nosotros conseguíamos siempre salvar a la humanidad. Las láminas eran muy viejas, así que había que tener mucho cuidado para no mancharlas ni estropearlas, y las lonchas de cerebro estaban metidas entre unos cristales que había que coger por los lados para no dejar marcas de dedos cuando las mirábamos a la luz; como alguno se cayera y se rompiera, la abuela se enfadaría tanto que nunca más nos haría natillas de postre.

Mis amigas daban de comer a sus muñecos con tacitas y platos de plástico, jugando a ser marqueses y princesas tomando el té. Nosotros abríamos la vitrina y sacábamos las botellitas del bisabuelo, que estaban teñidas de los polvos y líquidos de colores que se habían guardado dentro, y preparábamos pocimas que dábamos a nuestros peluches.

—Toma, Osi, prueba la poción del mago Alcazhar, hecha con polvos mágicos verdes y patas de araña —, y el oso panda de mi hermano se convertía en dinosaurio.

—Manuela, un poco de pocima de dientes de cocodrilo con ungüento rojo de la bruja Kalakaraka —y mi perezoso de brazos larguísimos se transformaba en elefante.

—Jorgeto, toma esta sopa de alas de murciélago con gotas azules del hada Pirulina —. El cerdito Jorgeto se tomaba la sopa y al momento empezaba a crecer hasta convertirse en un enorme hipopótamo.

La mecedora de la abuela no era una pieza de museo, pero tenía más años que cualquiera de los muebles del laboratorio. Por eso, cada vez que la abuela se movía, crujía tanto que la oíamos desde nuestro escondite, debajo de la mesa de experimentos, y nos imaginábamos que se acercaba el ogro dueño de todas aquellas maravillas para capturarnos y echarnos a la olla. Si dejaba de moverse, era señal de que la abuela ya se había despertado, y pronto sería ella la que aparecería por la puerta, y entonces más valía darse prisa para dejar todo en su sitio y salir corriendo de vuelta al dormitorio.

Pero aquella tarde el que entró en el laboratorio no era un ogro, sino alguien mucho más terrible: la abuela por fin había encontrado un museo interesado en llevarse las muestras y los microscopios, los armarios y los dibujos, y hasta las fotos familiares antiguas que colgaban de las paredes, y un señor bajito y serio vestido de gris venía a revisarlo todo y firmar unos papeles que le darían el permiso para dejarnos sin nuestro rincón favorito.

La abuela, muy orgullosa, llevaba días llamando a sus amigas por teléfono para contárselo, y Sergio y yo llevamos días haciendo planes para robar los tesoros más valiosos y enterrarlos en el jardín. Demasiado tarde... La visita del señor del museo antes de lo que esperábamos nos obligaba a pasar al plan B.

Nuestro nuevo enemigo se encerró durante un largo rato en el laboratorio, y cuando por fin apareció, la abuela lo invitó a tomar un café, “antes de pasar al papeleo”. El señor bajito se sentó muy tieso en el sofá del cuarto de estar, mientras la abuela, en la cocina, ponía al fuego la cafetera pequeña, tan pequeña que parecía de juguete, porque ella sólo bebía infusiones. Luego preparó un plato con galletas de mantequilla de la lata que guardaba en lo más alto del armario, para que no llegáramos a cogerla ni subidos a una silla. Desde la puerta, yo miraba a la abuela con cara de inocente, y ella me devolvía una mirada desconfiada, como si pensase que me llevaría la merienda si se despistaba.

Cuando la abuela salió con las galletas y el azucarero, hice una señal a mi hermano, que espiaba al fondo del pasillo. Sergio se acercó a la cocina, abrió la cafetera, y agitó un botecito encima del café que salía ya con mucho ruido y mucho humo, como un volcán en erupción. Era el bote amarillo, el que nos habíamos llevado la semana anterior de la vitrina del bisabuelo y escondido debajo del colchón, por si acaso... Cayó un poco de polvo grumoso, como yema de huevo, y mi hermano salió corriendo y se encerró en el dormitorio, mientras la abuela, en la salita, colocaba sobre el mantel de hilo dos tazas de porcelana y dos cucharillas.

Yo no me moví de la puerta, mirando fijamente al señor del museo, y allí seguí, valiente, cuando la abuela trajo la bandeja con la cafetera, la tetera y un sobrecito de manzanilla.

No podía perderme el momento en que el hombrecillo diera un sorbo al café y se convirtiera, de golpe, en un horripilante, gigantesco y baboso sapo gris.

María Aránzazu Toro Escudero

Sobre los autores

Pedro Muñoz Gerdau estudió Lenguas Modernas en la Universidad Libre de Berlín. Obtuvo el primer puesto por el cuento “El Último Dálmata” de la Fundación ANADE.

María Aránzazu Toro Escudero, nacida en Madrid e Ingeniera de Telecomunicaciones de profesión, trabajo en el mundo digital pero me apasiona el analógico, aunque no concibo ni uno ni otro sin creatividad. Por eso pinto y escribo por afición y con devoción.

Agradecimientos

Jurado: Ana Baillo Almuzara, Paloma Díaz Mas, Miguel Dueñas, Javier de Felipe Oroquieta, Isabel Fernández Morales y Yolanda Ríos García.